

Bloch, la mirada inteligente

Tarea imposible hablar de un libro como el que nos ocupa sin hacer referencia al mundo en el que se gestó y le vio nacer. Sobre todo cuando su autor es, al igual que su obra, un hombre singular que perteneció a esa extraordinaria generación de filósofos judíos a quienes debemos las líneas maestras del pensamiento europeo del siglo XX.

La Alemania de entreguerras fue un país convulso, lleno de pesadas cargas de su inmediato pasado y calamitoso presente, que necesitaban ser digeridas. En ese ambiente se dan también impetuosas búsquedas intelectuales que permitan una lectura constructiva de la historia que no nos deje prisioneros del pasado y nos abra al futuro. Es el tiempo del expresionismo, de los primeros trabajos de Ernest Bloch, de Walter Benjamin, o de Georg Lukacs. Hay más, por supuesto, pero es esta tríada la que resulta especialmente relevante e interesante para lo que aquí necesitamos.

Cuando se publica este texto por vez primera, en 1930, Bloch

tiene dos libros a sus espaldas. Del primero, *Espíritu de la utopía* (nunca traducido al castellano) ha habido dos ediciones (una en 1918 y otra, definitiva, en 1923). El segundo, *Thomas Münzer como teólogo de la revolución*, es un texto que no gozó de tan buena acogida y que ilustra en el ámbito de la historia la tesis principal del autor, que como *Leitmotiv* irá reapareciendo casi de forma constante en todas sus obras. *Huellas* continúa el proyecto, si bien esta vez busca la aplicación de la misma tesis a la vida cotidiana.

La primera guerra mundial, la polémica en torno al expresionismo, su matrimonio en 1913 con Else von Stritzky, la desavenencia con Georg Simmel, el enfrentamiento con Max Weber y la Revolución rusa de octubre, establecieron una ruptura en el pensamiento e incluso en la personalidad de Bloch. Todos estos factores le empujaban a sobrepasar el sistema como construcción filosófica y encaminarse hacia una nueva temática y un nuevo tratamiento que reaccionase contra la guerra, hija del capitalismo y del imperialismo europeo y alemán. Su idea es llegar a convertirse en «Fausto y meta» de una vida que ha sido entregada a nuestras manos, que desde hace tiempo y para sí misma está vacía, y que por tanto vacila vagando sin sentido aquí y

* Ernst Bloch, *Huellas*. Madrid, Tecnos/Alianza 2005, 179 pp. Traducción de Miguel Salmerón. Prólogo de José Jiménez.

allá, tal como se manifiesta en *El Espíritu de la utopía*. Este es el diagnóstico de su tiempo que Bloch elabora y toma como punto de partida de su pensamiento. Desde esta su primera obra, pierde interés por elaborar un sistema al estilo hegeliano. De hecho lo hará, pero de un modo bien diferente y sobre claves también completamente divergentes. De este giro en su programa da cuenta en la correspondencia con su, por entonces, todavía gran amigo, Georg Lukacs.

La clave para poder entender *Huellas* no la vamos a encontrar entre sus páginas. El texto, si lo consideramos al margen del conjunto de la obra de Bloch hasta el momento de su aparición, no deja de ser, en el mejor de los casos, la excursión al mundo literario de un filósofo, escrita con cierto cripticismo y, sobre todo, carente de cohesión. Son relatos breves, fragmentos, agrupados bajo cuatro grandes epígrafes (Situación, Destino, Existencia, Cosas) que no guardan entre sí relación aparente, y que quizá resulten el precipitado o la decantación de un ejercicio de mirada. Lo malo es que no sabemos qué es lo que, con el autor, debemos ver.

Para descubrir la pista que necesitamos tenemos que volver la vista al texto programático del autor, *El espíritu de la utopía*. En

él, Bloch presenta la vida como un enigma existencial que se despliega a partir de lo que él denomina la oscuridad del instante vivido», y que formula en estos términos: «yo soy, pero no me tengo. Por eso, antes de nada, devenimos (o si se prefiere, estamos llegando a ser)». De manera que somos para nosotros mismos un enigma, una pregunta constante. Y esa es la segunda tesis: somos en torno a una pregunta inconstruible, porque siempre las respuestas son aproximadas, tentativas, probatorias. Siempre hay inadecuación entre lo realizado y lo deseado, siempre necesitamos volver sobre lo vivido para arrancarle su secreto en la vivencia y que nos exponga su sentido. Aquí es donde encaja *Huellas*.

Huellas es la puesta en práctica de la mirada perspicaz capaz de volver sobre lo cotidiano para hacernos caer en la cuenta de que en ello hay una latencia de algo que reclama primero reflexión y luego futuro. Las historias que se narran nos ofrecen un resumen de la Historia que nos muestra su discontinuidad, sus grietas, por las que rezuman posibilidades reales que quizá merezcan una atención paciente y demorada. En las *Huellas* comparece el utópico y abierto final de la historia sin necesidad de revestir el peso del acontecer. Por eso es necesario narrarlas,

parar poder interpretarlas mediante cuentos y relatos de todo tipo que pongan de manifiesto su sentido oculto. Son un caleidoscopio, un montaje más cercano al surrealismo que al expresionismo, en el que no se escenifica un arco de tensión dinámico de la realidad, sino más bien abren un amplio ámbito de asociación en el que el sentido de la realidad puede ser construido atendiendo a su dimensión de futuro.

Con todo, el texto no se explica sólo como parte de un proyecto de autor ni como fruto maduro de un pensamiento espoleado por unas difíciles circunstancias históricas. *Huellas* es también, como casi todo libro que se precie, el corolario de un encuentro y de un diálogo largo y fecundo, truncado prematuramente por la muerte. Me refiero a la estrecha amistad con Walter Benjamin, que comenzada en 1919, se intensificó en un tiempo de intensa convivencia en París en 1926 y se prolongó durante años, si bien no exenta de tribulaciones.

Parece que *Huellas* fue redactado entre los años 1910 y 1929. Un año antes, en 1928, la editorial Rohwolt publicó un texto de Benjamin que muchos consideran el hermano gemelo de *Huellas*. Me refiero a *Einbahnstrasse, Calle de dirección única*, en su traducción castellana. Benjamin se había

mostrado receloso con respecto a Bloch e incluso albergaba la sospecha de que Bloch le copiaba. Supongo que este es el motivo último que llevó a Theodor Wiesengrund Adorno a escribir una elogiosa y empática reseña de este texto de Benjamin y a dirigir una diatriba implacable contra la edición de *Huellas* de 1959, publicada en 1960. Finalmente, ambas reseñas han sido recogidas en *Notas sobre literatura*.

Lo cierto es que entre ambos hay su equivalencia —no en vano el mismo Benjamin confesó a Adorno que en aquella época él y Bloch trabajaban en el plan de un mesianismo teórico— pero también sus radicales diferencias. Ambos textos surgen en proyectos intelectuales distintos, ejemplifican métodos interpretativos diferentes y apuntan hacia horizontes bien definidos.

Benjamin ensayó en su texto la posibilidad de transformar la experiencia viva en imágenes alegóricas. Se trata de un mecanismo interpretativo muy utilizado en la tradición judía y al que Bloch llegará años más tarde considerándolo como el vínculo de lo que está siendo con el pasado que lo gestó. No es este el interés de Bloch en el momento en que redacta y publica *Huellas*. Incluso se podría decir que concibe esta obra como una suerte de contra-

punto a la de Benjamin. Bloch pretendería, con estos relatos, que el lector caiga en la cuenta de esa cara misteriosa de la vida humana, que es la que hace posible su existencia, y que se muestra siempre en los detalles. Reflexión, extrañeza, asombro, un despertar... todo ello es aprovechado para presentar motivos filosóficos capaces de iluminar el sentido de la existencia en la vida cotidiana. No cuadra esta pretensión con el texto de Benjamin al que hemos hecho mención.

Eso sí: Bloch no tranquiliza. Si busca sentido, si indaga y provoca al lector es para hacer brotar en él una conciencia crítica que se traduzca también en una praxis igualmente crítica. Pensar significa transgredir, según una famosa máxima recogida en *El Principio Esperanza*. La búsqueda del sentido, el ejercicio del pensamiento, es el modo de ir realizando la identidad por la que se pregunta constantemente desde la oscuridad que envuelve cada uno de sus instantes. Se trata por tanto de rastrear las huellas de algo que, sin ser todavía, ya despunta en un mundo que permanentemente demanda y ofrece pistas sobre su identidad. Esta suerte de «mesianismo» intrahistórico es de nuevo un punto de tangencia con Walter Benjamin, si bien otra vez desde perspectivas encontradas. Para

Benjamin la historia camina hacia delante dejando atrás desolación y ruinas, horror. Bloch, más hegeliano, entiende que hay futuro en el pasado y que la historia es un desarrollo tentativo de potencialidades que no siempre maduran a la par de las circunstancias temporales que las envuelven; así, se agazapan y esperan su momento de plenitud. La esperanza de Benjamin es una esperanza resignada y frustrada; la de Bloch está agazapada aguardando su momento, siempre activa, incapaz de ser preterida.

El sentido mesiánico de Bloch queda recogido en estos pequeños relatos que terminan con un sentimiento extraño e inhabitual. Cada narración tiene su agujón destinado a hacer caer en la cuenta de que el mundo es un laberinto, con su código propio y sus pistas, lleno de misterio, pero también reconocible. Late en él la sensación de que en su proceso hay un «todavía no» de sentido no descubierto, no realizado.

Bloch y Benjamin vivieron ambos años de «vagabundeo», de exilio, en diferentes países europeos. Sus experiencias compartidas cuajaron, entre otras expresiones, en una palabra muy querida para ambos: *Bahnhofshaftigkeit*, algo así como «estacionalidad». No aluden a las estaciones del año, sino a la «estacionalidad»